



Significados psicosociales del desempleo en contextos de crisis

Psychosocial meanings of unemployment in crisis contexts

José A. Climent-Rodríguez

<https://orcid.org/0000-0001-7529-3854>

jose.climent@dpsi.uhu.es

Universidad de Huelva (UHU), Huelva, España

Yolanda Navarro-Abal

<https://orcid.org/0000-0002-0438-844X>

yolanda.navarro@dpsi.uhu.es

Universidad de Huelva (UHU), Huelva, España

Recepción: 31/03/2023

Aceptación: 27/10/2023

Resumen. El desempleo es, sin lugar a dudas, uno de los mayores problemas económicos y sociales a los que deben enfrentarse las sociedades industrializadas actuales. Hasta hace sólo pocas décadas, el debate público sobre la falta de trabajo ha estado centrado fundamentalmente en el análisis de los factores económicos que lo provocan y en la discusión de las políticas económicas más adecuadas para hacerle frente. Este reduccionismo economicista ha desembocado, frecuentemente, en el olvido de las importantes consecuencias que la falta de un puesto de trabajo tiene para aquellas personas que la experimentan. La contribución de la sociología y otras ciencias sociales y de la salud para aumentar el conocimiento sobre la experiencia personal y social del desempleo han vuelto a poner el acento en la persona, la comunidad y el entorno social como objetos de atención preferentes en cuanto a sus percepciones, significaciones y vivencias relacionadas con el empleo, la falta de él o la inseguridad ante su pérdida. El significado del desempleo hay que situarlo no sólo desde la perspectiva intrínseca y explícita del hecho objetivo de la falta de empleo, sino además en relación con el contexto socioeconómico.

co actual que proporciona significaciones socialmente aceptadas y posiblemente diferentes a la de otras épocas. En el presente trabajo se realiza una revisión de la literatura científica más destacada en relación con las consecuencias y efectos sociales y psicológicos que la situación de desempleo tiene sobre la persona que la padece y sobre su grupo de referencia

Palabras clave. Políticas activas de empleo, sociología del trabajo, psicología del empleo, desempleo, crisis económica.

Abstract. Unemployment is, without a doubt, one of the biggest economic and social problems that today's industrialized societies must face. Until just a few decades ago, the public debate on joblessness has been fundamentally focused on the analysis of the economic factors that cause it and on the discussion of the most appropriate economic policies to deal with it. This economic reductionism has often led to forgetting the important consequences that the lack of a job has for those who experience it. The contribution of sociology and other social and health sciences to increase knowledge about the personal and social experience of unemployment have once again placed the emphasis on the person, the community and the social environment as preferential objects of attention in terms of their perceptions, meanings and experiences related to employment, the lack of it or the insecurity before its loss. The meaning of unemployment must be situated not only from the intrinsic and explicit perspective of the objective fact of lack of employment, but also in relation to the current socioeconomic context that provides socially accepted meanings and possibly different from those of other times. Although there has been an insistence on pointing out the obvious effects of unemployment in terms of loss of purchasing power and economic crisis, there is abundant data that indicates that the loss of a job and unemployment also produce a notable deterioration in mental health and the social environment of the person who suffers from it. In this paper, a review of the most outstanding scientific literature is carried out in relation to the consequences and social and psychological effects that the unemployment situation has on the person who suffers from it and on their reference group,

Keywords. Active employment policies, sociology of work, psychosociology of employment, unemployment, economic crisis.

A MODO DE INTRODUCCIÓN... DESEMPLEO, CONCEPTUALIZACIÓN Y SIGNIFICADO PSICOSOCIAL

El término desempleo describe «la situación de quien desea trabajar pero no encuentra un lugar donde le paguen por sus capacidades y su actividad» (Vinokur *et al.*, 1991)

Designa tanto la experiencia concreta de la persona que no encuentra un trabajo remunerado como la experiencia de todo un colectivo en una comunidad, una región geográfica o un país. Esta vertiente colectiva se expresa mediante la tasa de desempleo, es decir, el cociente entre el número de personas en busca de trabajo y la población activa total, integrada tanto por los empleados como por los desempleados.

Cada vez es más frecuente que la persona se encuentre desempleada en diversas épocas de su vida laboral activa. En función de la estructura de la economía y de sus ciclos de expansión y retraimiento, el desempleo puede afectar a jóvenes que no hayan completado los estudios, a titulados que tengan dificultades para ingresar en el mercado de trabajo, a mujeres que traten de incorporarse al mercado o traten de recuperar un empleo remunerado, a adultos en general afectados por reestructuración, deslocalización productiva, redundancia de puestos tras una compra o fusión de empresas y otras situaciones de carácter estructural o coyuntural que conlleven la pérdida de empleo. Las causas fundamentales del desempleo tienen sus raíces en los cambios demográficos, económicos y tecnológicos. La reestructuración de las economías locales y nacionales suele dar lugar a períodos, al menos temporales, con tasas de desempleo elevadas. La tendencia a la mundialización de los mercados, junto con la aceleración de los cambios tecnológicos, favorece la competencia económica y la transferencia de industrias y servicios a nuevos lugares que ofrecen condiciones económicas más ventajosas en términos fiscales, una mano de obra más barata y una legislación laboral y ambiental menos estricta. Inevitablemente, esos cambios agravan los problemas de desempleo en zonas económicamente deprimidas. Además, esta impuesta globalización económica somete a los mercados de trabajo nacionales a vaivenes y fluctuaciones más relacionadas con la mera especulación financiera que con la oferta y demanda real de bienes y servicios, y, por lo tanto, de mano de obra que los provea. El momento actual es claro ejemplo de esta situación, abocando a nuestro país, y a otros de nuestro entorno, a dramáticas tasas de desempleo como consecuencia de la más grave y persistente crisis económica hasta ahora vivida en la denominada «zona euro».

El alto nivel de desempleo, en comparación con la mayoría de las regiones europeas, resulta una constante en la historia reciente de nuestro país, constituyendo tradicionalmente uno de los más importantes y graves problemas al que se enfrenta el conjunto de la sociedad española. En este contexto, la aplicación de políticas activas para prevenir y

afrontar los problemas asociados al fenómeno del desempleo es una necesidad, y ha sido una constante en el ámbito europeo, nacional y autonómico en las últimas décadas. En decenios anteriores a éste, autores como Crespo *et al.* (1989) ya planteaban que nos encontrábamos ante un fenómeno insólito, una tasa significativamente alta de desempleo sin que ello se asociara necesariamente con profundas crisis económicas o sociales. Este hecho parece extraño en una sociedad que otorga al empleo una significación social mucho más allá del mero sustento económico de la persona a través del trabajo.

En la actualidad, nos encontramos inmersos en lo que Bauman (2005) definió como sociedad líquida, caracterizada por un nuevo escenario social, económico y laboral, y en el que los elementos definitorios están relacionados con la transitoriedad, la carencia de certezas sobre el futuro y la imposibilidad casi absoluta de vaticinar tendencias o prever escenarios a corto y medio plazo. Además, la tecnologización de procedimientos y procesos, la socialización a través de escenarios virtuales y la globalización han pasado en menos de una década de lo anecdótico a lo habitual. En este sentido, el mercado laboral sigue los dictados de esta nueva realidad, estableciendo la liberalización de mercados, la desregulación de las relaciones laborales, la precariedad y la flexibilidad como norma. Una consecuencia de este nuevo orden social es la gradual desaparición de los empleos tradicionales («sólidos»), por cuenta ajena o propia, regulados, con perspectiva de estabilidad y futuro, y circunscritos a un ámbito profesional por los empleos «líquidos», desregulados, caracterizados por relaciones laborales laxas, precarios y enmarcados en un contexto más parecidos a servicios comerciales de proveedores de bienes y productos.

La mayor parte de las personas depende de los ingresos de un puesto de trabajo para satisfacer sus propias necesidades vitales y las de su familia y mantener el nivel de vida al que están acostumbradas. Cuando pierden el empleo, padecen una notable reducción de sus ingresos. Si el período de desempleo que sigue a la pérdida del puesto de trabajo persiste cuando se agotan las prestaciones de desempleo y otros subsidios, el trabajador en paro se enfrenta a una crisis económica. Esta crisis se manifiesta como una serie en cascada de acontecimientos estresores tales como, por ejemplo, la pérdida de bienes de consumo, la ejecución de la hipoteca sobre la vivienda o la escasez de alimentos. De hecho, son muchos los estudios ya clásicos realizados en Europa y en Estados Unidos que indican que las dificultades económicas son el resultado más frecuente del desempleo (Fryer y Payne, 1986) y que estas dificultades influyen en otras repercusiones negativas del desempleo en otros ámbitos, en particular en el bienestar psicosocial (Kessler *et al.*, 1988; Buendía, 1990; Blanch, 1990; Álvaro, 1992; Jahoda, 1982).

El desempleo es, sin lugar a dudas, uno de los mayores problemas económicos y sociales a los que deben enfrentarse las sociedades industrializadas actuales. Hasta hace

sólo pocas décadas, el debate público sobre la falta de trabajo ha estado centrado fundamentalmente en el análisis de los factores económicos que lo provocan y en la discusión de las políticas económicas más adecuadas para hacerle frente. Este reduccionismo economicista ha desembocado, frecuentemente, en el olvido de las importantes consecuencias que la falta de un puesto de trabajo tiene para aquellas personas que la experimentan. En este sentido, la psicología ha contribuido, a través de estudios ya clásicos, a aumentar el conocimiento sobre la experiencia personal y social del desempleo. Tal y como señala Blanch (1990), «en último término, el significado del desempleo —al igual que los efectos patológicos de esa experiencia— no deriva tanto de la naturaleza intrínseca del hecho objetivo de la falta de empleo cuanto del vigente sistema consensuado de significaciones socialmente producidas y reproducidas en un espacio-tiempo determinados. Es decir, su realidad es inseparable de su significado... El desempleo constituye una situación personal y socialmente objetiva, pero también una representación intersubjetiva y socioculturalmente construida».

Aunque acabamos de señalar los efectos evidentes del desempleo en términos de pérdida adquisitiva y crisis económica, hay abundantes datos que indican que la pérdida del puesto de trabajo y el desempleo producen, además, un notable deterioro de la salud mental (Fryer y Payne, 1986). El resultado más frecuente de estas situaciones es la intensificación de la ansiedad, de los síntomas somáticos y de la sintomatología depresiva (Dooley *et al.*, 1994; Kessler *et al.*, 1988; Warr *et al.*, 1988). Algunos datos indican asimismo que el desempleo aumenta más de dos veces el riesgo de depresión clínica (Dooley *et al.*, 1994). Además de los documentados efectos negativos del desempleo sobre la salud mental, existen algunos estudios que consideran el desempleo como un factor que influye en otros efectos. Entre estos resultados hay que mencionar el suicidio (Brenner, 1979), la separación o el divorcio (Stack, 1981; Liem y Liem, 1988), el abandono y los malos tratos a los hijos (Steinberg *et al.*, 1981), el abuso del alcohol (Dooley *et al.*, 1992) la violencia en el lugar de trabajo, los comportamientos delictivos (Allan y Steffensmeier, 1989) y los accidentes de tráfico (Leigh y Waldon, 1991). Por último, hay también suficiente evidencia que indica que el desempleo contribuye a la enfermedad física (Kessler *et al.*, 1988). Por otra parte, ante toda esta información de los efectos perniciosos del desempleo hay que afirmar que está sobradamente demostrado que el reempleo, es decir, la adquisición de empleo por parte de quien no lo tenía pero se encontraba en disposición de trabajar, reduce los síntomas anteriormente descritos y restablece el funcionamiento psicosocial a los niveles anteriores al desempleo (Kessler *et al.*, 1989; Vinokur *et al.*, 1987).

Haciendo un poco de revisión histórica, hay que destacar que el primer desarrollo de la investigación sobre el impacto psicosocial del desempleo tuvo lugar en la década de

1930, en el contexto de un aumento sin precedentes de las tasas de desempleo provocado por la crisis económica del 29. La revisión de estudios realizada por Eisenberg y Lazarsfeld (1938), en la que se recogen más de cien investigaciones realizadas en diferentes países, deja bien patente la contribución de las ciencias sociales a la comprensión de los efectos del desempleo durante aquellos años. En las investigaciones realizadas en este período, las consecuencias del desempleo fueron descritas, generalmente, como un deterioro significativo de la salud mental, una disminución de la autoestima, una pérdida del sentido del tiempo y una gran apatía, que tuvo sus manifestaciones tanto en la disminución de todas las actividades cotidianas como en la inexistencia de una respuesta política al desempleo por parte de los desempleados.

Tras el paréntesis histórico de las décadas de 1950 y 1960, la recesión económica de 1973 y sus hondas repercusiones en el mercado laboral hacen que el desempleo vuelva a convertirse en uno de los mayores problemas sociales y económicos de los países occidentales. La creciente preocupación por las dimensiones psicológicas y sociales del desempleo promovió un nuevo desarrollo de la investigación psicosocial sobre el tema, cuya importancia numérica queda plasmada en las numerosas revisiones bibliográficas con las que contamos actualmente (Álvaro, 1992; Blanch, 1990; Feather, 1990; Warr, 1987). Si bien la investigación sobre el impacto del desempleo fue inexistente en nuestro país durante los años treinta, esta situación cambió desde mediados de los setenta con los primeros estudios sobre las consecuencias psicosociales del desempleo. Los progresos de la investigación psicosocial sobre el desempleo en España quedan bien reflejados en la revisión de estudios llevada a cabo por Álvaro y Fraser (1995).

De todos los aspectos que abarca el impacto psicológico y social del desempleo, uno de los que mayor interés ha suscitado ha sido el que se refiere a sus efectos sobre el bienestar psicológico. Como ya se ha señalado, actualmente contamos con una amplia evidencia empírica que señala que el desempleo tiene un fuerte impacto negativo en la salud mental de quienes lo experimentan.

Otro aspecto a considerar a la hora de evaluar los efectos del desempleo es la forma en la que éste incide en la motivación y las actitudes hacia el trabajo. Algunos estudios han establecido una asociación entre el desempleo y la aparición de actitudes de rechazo hacia el trabajo (Lawlis, 1971); lo que sí parece claro es que el período de tiempo que una persona lleve desempleada parece ser un factor importante para que tenga lugar un cambio en la actitud hacia el trabajo. En algunos estudios se ha observado que el compromiso con el trabajo disminuye de forma significativa en personas que llevan largos períodos de tiempo desempleados, pero se mantiene estable cuando el período de desempleo es inferior a tres meses (Warr y Jackson, 1985).

La preocupación por la influencia del desempleo en las actitudes hacia el trabajo es mayor en el caso de los jóvenes, dada la importancia de las primeras experiencias en el mercado de trabajo para la evolución posterior del proceso de socialización laboral. Las experiencias de desempleo en las fases iniciales de la carrera laboral podrían dar lugar a una regresión en el proceso de socialización de los jóvenes, cuyas principales manifestaciones, en lo que a las actitudes hacia el trabajo se refiere, serían una disminución de la implicación en el trabajo, una mayor aceptación del hecho de estar desempleado o una actitud más negativa hacia la búsqueda de empleo. Las investigaciones realizadas demuestran que es infrecuente que se perciban ventajas en el hecho de estar desempleado o que el desempleo llegue a percibirse como una alternativa al empleo, siendo poco probable que el subsidio de desempleo sea considerado como una alternativa aceptable a los ingresos procedentes de un puesto de trabajo. No obstante, a pesar de que el compromiso con el trabajo se mantiene alto y de que el desempleo no llega a convertirse en una alternativa aceptable, existe evidencia de que la falta de un puesto de trabajo ejerce una influencia significativa sobre la actitud hacia la búsqueda de empleo.

Algunas investigaciones muestran que cuando las expectativas de éxito se reducen, la actitud hacia la búsqueda de un empleo se hace más negativa y la intensidad con la que se busca un puesto de trabajo disminuye (Garrido y Álvaro, 1992; Banks y Ullah, 1987).

Pero si algo resulta evidente en las conclusiones de cualquier investigación rigurosa llevada a cabo en cuanto a la explicación del desempleo desde un punto de vista psicosocial es que los desempleados no constituyen un grupo homogéneo y que existen importantes diferencias individuales en la reacción ante la falta de trabajo. Esta evidencia ha determinado que la investigación preste cada vez una mayor atención a la identificación de las variables que reducen o acentúan los efectos del desempleo y que pueden, por tanto, dar cuenta del impacto diferencial del mismo. El género, la edad, la duración del desempleo, el apoyo social con el que cuenta la persona desempleada, el grado de implicación en el trabajo, el nivel de ingresos económicos posterior al desempleo y la clase social han sido algunas de las variables utilizadas a la hora de explicar el impacto diferencial del desempleo en diferentes sectores de la población (Álvaro, 1992; Feather, 1990; O'Brien, 1986; Warr, 1987).

Así, tal como señalan McKee y Stuckler (2011), en la crisis de los años ochenta, en España se produjo un aumento del índice de suicidio, coincidiendo con un gran aumento del desempleo. Sin embargo, en los años noventa, este hecho no ocurrió en Suecia, a pesar de estar inmersa también en una gran crisis, probablemente por el número de programas de ayudas y apoyo social desarrolladas por el Estado sueco. De la misma forma, en la crisis actual del continente europeo, durante el período 2008-2009, Letonia,

Irlanda y Grecia han sido los países con mayor subida de la tasa de suicidios. Esta cifra es coincidente con el desarrollo de políticas de gran austeridad económica y una severa reducción de los programas de protección social de la población (Stuckler, Basu, Suhrcke, Coutts y McKee, 2009). Asimismo, existen otros factores de protección que permitirán un mejor afrontamiento de la situación de desempleo y que se encuentran más relacionados con las características más individuales de la persona. Crespo y Labrador (2003) enfatizan la relevancia de las estrategias y estilos de afrontamiento al estrés como variables moduladoras de la situación de desempleo. Es necesario, no obstante, tal como señala Fernández-Abascal (1997), distinguir entre estilos de afrontamiento, o predisposiciones personales para hacer frente a las situaciones, que modulan las preferencias individuales en el uso de unos u otros tipos de estrategia de afrontamiento, así como de su estabilidad temporal y situacional; y las estrategias de afrontamiento que se utilizan en cada contexto y que estarán moduladas dependiendo de las condiciones que la desencadenan.

El gran desarrollo de la investigación empírica sobre el impacto psicosocial del desempleo no ha ido aparejado de una evolución paralela del conocimiento teórico. Una de las principales aportaciones teóricas para la comprensión de los efectos psicosociales del desempleo, considerada ya como teoría clásica, ha sido el modelo de la privación propuesto por Jahoda (1979, 1987). Según esta autora, el empleo, además de proporcionar a la persona ingresos económicos, es decir, sustento, cumple una serie de funciones latentes, como imponer una estructura temporal a la actividad cotidiana, ampliar el marco de las relaciones interpersonales más allá del contexto familiar, vincular a la persona a metas y objetivos que trascienden los suyos propios, definir aspectos centrales del estatus y de la identidad personal y mantener y fomentar el desarrollo de una actividad. El deterioro psicológico de los desempleados vendría explicado no sólo por la disminución de los ingresos económicos que conlleva, sino también, y fundamentalmente, por la desaparición de las categorías de experiencia impuestas por las funciones latentes del empleo. Otro modelo clásico, el modelo Vitamínico de Peter Warr (1987), es considerado como uno de los intentos más fructíferos de integración teórica de los resultados de la investigación sobre el impacto del desempleo. Según este modelo, hay nueve categorías de factores ambientales que determinan el nivel de salud mental. En cualquier ambiente, el bienestar psicológico dependerá del grado en que el entorno proporcione oportunidad de control, oportunidad para el uso de las capacidades personales, objetivos generados externamente, variedad, claridad ambiental, disponibilidad de recursos económicos, seguridad, oportunidad para establecer relaciones interpersonales y posición social valorada. Un medio social que carezca de cualquiera de estas características o que las proporcione de forma deficiente estará asociado a un bajo nivel de salud mental. La

comparación de empleados y desempleados utilizando las categorías propuestas por el modelo lleva a la conclusión de que el ambiente del desempleo es más deficitario, lo que hace que la salud mental de los desempleados sea menor.

Los resultados de las investigaciones realizadas actualmente son, en líneas generales, muy similares a los que se obtuvieron en los estudios clásicos del pasado siglo.

Más aún, el elevado desarrollo metodológico de los estudios actuales ha permitido trascender la mera asociación entre desempleo y deterioro psicológico y establecer nexos causales entre ambos. Por tanto, lejos de mostrar una disminución en la actualidad del impacto del desempleo sobre el bienestar psicológico, la investigación desarrollada durante las últimas décadas ha demostrado que el desempleo no sólo está asociado a, sino que es causa de un deterioro significativo de la salud mental de quienes lo experimentan.

Blanch (1990) nos ofrece un repertorio casi exclusivo de los efectos atribuidos al desempleo en el plano de la sociedad en su conjunto, en el de los propios desempleados y en el de otros grupos sociales no afectados directamente por el paro. Sus conclusiones, extraídas de estudios llevados a cabo en nuestro país en la década de los noventa del pasado siglo, periodo en el que España sufría otra recesión económica y, sobre todo, el azote de un desempleo «descontrolado», son perfectamente trasladables a la actualidad. Entre las más significativas hallamos el cuestionamiento que el fenómeno del desempleo supone para el Estado de derecho en cuanto al desaprovechamiento de los recursos humanos, el refuerzo artificial a las redes de parentesco, el miedo colectivo al futuro y al cambio, las modificaciones del significado personal y colectivo del trabajo y la falta de él, y la disminución progresiva de la necesidad, del deseo y de la valoración del trabajo, así como la debilidad contractual de los ocupados y el vértigo por el futuro laboral de las siguientes generaciones.

Es notorio señalar cómo las diversas investigaciones llevadas a cabo desde el punto de vista psicosocial han explicado el efecto del desempleo como fenómeno psicológicamente destructivo, incluso en aquellos casos en que están garantizados los ingresos económicos. Desde este punto de vista, resulta necesario resaltar el factor de tensión que representa el desempleo para un alto número de individuos que no encuentran trabajo por primera vez o que, habiendo desempeñado alguna actividad profesional, se encuentran privados de poder ejercerla. En general, la persona tiende a considerar el desempleo dentro de las peores experiencias vividas desde el punto de vista subjetivo. Hay que tener en cuenta que el desempleo representa para el individuo un cambio en la estructura social a la que ya estaba habituado, y es evidente que cualquier persona necesita un sentido de estructura y una finalidad o ideal para poder vivir; ideal y estructura que para la inmensa mayoría de la gente deriva y procede de su trabajo. Ser desempleado supone

por tanto para muchos un atentado a ineludibles necesidades humanas, a no ser que se hayan elaborado formas alternativas de satisfacer dichas necesidades. Como señala Jahoda (1982), el empleo actual no es la única estructura que satisface esas necesidades en las sociedades industrializadas, pero hoy por hoy es la única dominante y la única que combina la provisión automática de estas categorías con la satisfacción de la necesidad primordial de «ganarse la vida».

FASES PSICOLÓGICAS ANTE LA PÉRDIDA DE EMPLEO

Generalmente, la gente reacciona con perplejidad ante la llegada del desempleo. Los anuncios de despido suelen recibirse con mezcla de escepticismo y de miedo. Hay un sentimiento de desorientación y de confusión acompañado de una sensación de fracaso y de incapacidad de hacer planes para el futuro. Se trata de la primera reacción de *shock*, que suele durar alrededor de una semana.

A este estado le sigue una fase de ligera recuperación, que se caracteriza por un optimismo irreal cuando el individuo aprende a arreglárselas de alguna manera. Tiene la impresión de estar «en vacaciones», lo cual implica que todavía no se considera como desempleado. La pérdida de empleo se percibe como algo que sólo tiene carácter temporal, y muchos llenan el tiempo realizando diversas actividades que han ido posponiendo en periodo laboral. Pero pronto se produce un momento en que el individuo ya no puede seguir viendo su situación como unas vacaciones y le asalta el temor de estar sin trabajo durante mucho tiempo; es entonces cuando se llevan a cabo una serie de gestiones para encontrar trabajo y las consiguientes experiencias de fracaso en la búsqueda de un nuevo empleo. Cuando todos los esfuerzos fracasan, el individuo llega a ser pesimista y a sentirse ansioso, con periodos de melancolía e irritabilidad y en muchos casos con la aparición de trastornos psicofisiológicos. Esta fase es crucial y puede durar varios meses, dependiendo de diversos factores, como el apoyo social y la capacidad de afrontamiento personal. Posteriormente aparece una nueva fase en la que tiene lugar el reconocimiento de la propia identidad de desempleado con todas sus características psicológicas.

El individuo llega a ser fatalista, y la búsqueda de empleo la realiza ocasionalmente y sin ninguna esperanza de éxito. Tiende a vivenciar el paro como un fracaso personal más que como un fracaso social, lo que le conduce al aislamiento. Pasa una gran parte del día en actividades pasivas y el tiempo se arrastra lentamente con una sensación de vacío y falta de sentido. Jahoda (1982) encontró que para desempleados en esta fase hasta el mismo fin de semana perdió gran parte de su significado como punto de referen-

cia, siendo sustituido por el día en que se cobraban los subsidios. La experiencia social se ve necesariamente empobrecida por el cambio en la estructura de la vida cotidiana y por la tendencia a apartarse de la vida social al sentirse avergonzados e inseguros. Al mismo tiempo la vergüenza del fracaso se ve agravada a menudo por la indiferencia y el desprecio de los otros que les consideran débiles y merecedores por tanto de marginación. La depresión que resulta de este largo proceso se manifiesta en ciertos comportamientos de frustración, desesperanza y en alto índice de conductas adictivas.

El apoyo social se convierte en un importante factor amortiguador en la aparición de alteraciones psicológicas entre las personas en situación de desempleo. Diversas investigaciones (Gore, 1978; Ullah *et al.*, 1985) evidencian que desempleados sin apoyo se encontraban significativamente en peor estado físico y psicológico que los que lo tenían, resaltando la importancia del apoyo emocional sobre todo. Otros autores, como Keefe (1984), ponen de manifiesto que el apoyo social aparece como un importante factor amortiguador del estrés en estas situaciones de desempleo, constatando que las personas que creen que les falta apoyo se sienten más reacias a buscar un nuevo empleo, al mismo tiempo que aparecen con mayor sintomatología depresiva. Estos resultados resultan lógicos, ya que mediante el apoyo social la persona desempleada puede sentir que sus actitudes y comportamiento forman parte todavía de alguna red social valorada. El apoyo social les lleva a percibirse no como desempleados, sino como amigos, hijos o padres, miembros de un grupo dentro del cual tienen la oportunidad de dar y recibir.

Todas estas cuestiones parecen, pues, especialmente apropiadas a la hora de analizar el fenómeno del desempleo, y sobre todo cuando hay que planificar y llevar a cabo intervenciones a nivel social y comunitario. En la elaboración de programas de apoyo a la población desempleada, debe tenerse especialmente en cuenta el contexto social y el grupo de referencia de estas personas, además de la percepción que la propia persona tiene sobre el lugar que ocupa en ese contexto, el autoconcepto que tiene y las creencias sobre su propia situación de desempleo, así como los recursos personales que posee para afrontar la situación.

CONCLUSIONES. EL EMPLEO, EL DESEMPLEO Y SU REPRESENTACIÓN SOCIAL EN TIEMPOS DE CRISIS

La formación de impresiones ha de construirse, necesariamente, con una base representacional socialmente admitida por los individuos que la construyen, la aceptan y la integran en su repertorio de explicaciones universales. Por esto mismo, resulta de interés reflexionar brevemente acerca del papel y el significado que, históricamente, se ha

tenido sobre el desempleo, o más bien el no-trabajo, y por extensión sobre las personas que pudiendo trabajar no han ejercido esta, en según qué épocas, obligación, mandato divino, imposición del amo, señor o Estado, o derecho.

El hecho social del desempleo puede tener diversos significados y constituir tantas realidades como representaciones, suscitando ello diferentes actitudes, expectativas y actuaciones. En la antigüedad precapitalista, aunque sí se da el hecho más o menos masivo y coyuntural de la falta de ocupación laboral, no existe una idea precisa y diferenciada del desempleo, ni un lenguaje específico que la objective y reproduzca; la manifestación se confunde y diluye en el fenómeno de la pobreza. Algunas de las grandes empresas colectivas de la Antigüedad fueron la construcción de pirámides, templos, ciudades y viaductos, la participación en guerras, cruzadas, peregrinaciones y otras realizaciones de ese género; son los resultados de la puesta en práctica de medidas políticas de movilización, organización, concentración y control de los pobres.

En otros momentos el sistema de interdependencia social dueños-esclavos y señores-siervos garantiza tanto el poder, la propiedad y el prestigio de los que no trabajan como el puesto de trabajo y la protección de los segundos.

Durante el antiguo régimen socioeconómico cristiano medieval, donde coexisten dos clases de inactivos, los ricos y los pobres, un número socialmente asumible de pobres llega a constituir un imperativo del sistema. Los pobres pueden sobrevivir materialmente gracias a la limosna que mendigan de quienes no lo son.

En los años treinta del pasado siglo xx, la pobreza sigue constituyendo el núcleo fundamental del desempleo. Y más recientemente, en los últimos lustros, el desempleo no constituye más que uno de los componentes principales del fenómeno pobreza.

A principios de la modernidad industrial, se tiende a pensar que quien no trabaja (pudiendo hacerlo) está cerca del comportamiento sociopático. La era posmoderna, o también denominada «sociedad del bienestar», se ha distanciado de este posicionamiento, considerando el empleo como un derecho de cada individuo y una forma de autorrealización, así como un efectivo vehículo de integración plena en sociedad. Producto de ello, y como forma de asegurar este derecho a todos los ciudadanos, son todas las medidas que están adoptando los Gobiernos educando y fomentando las políticas activas de empleo. La situación de crisis económica por la que atravesamos y las últimas medidas de compensación económica adoptadas en el marco del Estado del bienestar ¿pueden estar cambiando la representación social del desempleado? ¿Está siendo representada dicha figura como una víctima, un perjudicado? ¿Hasta qué punto incapacitan las medidas económicas adoptadas en la iniciativa de la búsqueda?

Si la historia social del empleo/desempleo ofrece la base para una contextualización de los significados contemporáneos de estos fenómenos, el análisis de la evolución de

sus representaciones y categorías facilita la comprensión de la experiencia actual de la desocupación laboral.

La psicociología del desempleo ha de contemplarse desde dos posiciones, la objetiva y la subjetiva, desde la cual los significados de lo social resultan inseparables del consenso que establecen los seres humanos en sus interacciones, de la importancia en la interpretación de los hechos y la mediación de los criterios sociales y culturales que los condicionan, y, por tanto, del sesgo perceptivo-representacional consiguiente en forma, por ejemplo, de estereotipos. Así, el desempleo constituye una situación personal y socialmente objetiva, pero también una representación intersubjetiva y socioculturalmente construida. Es una figura real cuyo significado depende de un complejo fondo donde se articulan la estructura de la sociedad y el sentido común, las condiciones materiales de vida y la semántica social las categorías lingüísticas, los imperativos de la coyuntura sociopolítica y la inercia de la tradición sociocultural.

Las acciones de los agentes sociales ante el empleo y el desempleo dependen, en general, de las características objetivas de las situaciones y del modo subjetivo con que las mismas son percibidas y representadas. En función de esto los Gobiernos adoptan las políticas de acción para hacer frente al fenómeno; ante los mismo factores actuamos y marcamos pautas para nuestro ejercicio profesional en la orientación de los desempleados.

Y en último término, el significado del desempleo, así como los efectos patológicos de esa experiencia, no deriva tanto de la naturaleza intrínseca del hecho objetivo de la falta de empleo cuanto sí de un sistema consensuado de significaciones socialmente producidas y reproducidas en un marco espaciotemporal determinado. Es decir, la realidad es inseparable de un significado, y de la mediación de estereotipos y prejuicios que afectan y reconstruyen la imagen y autopercepción de los individuos desempleados.

El desempleado hoy en día aparece como una figura ambigua, mitad víctima y mitad culpable de su situación. De ahí la ambivalencia de las actitudes sociales ante el mismo, efecto combinado de comprensión y denigración, solidaridad y rechazo. En otros términos, el cruce de lo involuntario y lo voluntario en la causalidad atribuida históricamente a la pobreza alimenta la ambivalencia de las actitudes sociales actuales ante el fenómeno del paro. En las circunstancias actuales, de desempleo masivo, es un hecho sociopolíticamente relevante que el pensamiento, el lenguaje, las actitudes y la acción concernientes al desempleado sigan estando, al menos parcialmente, modelados por esa tradición latente que los clasifica en buenos y malos. Pero, hasta ahora, nadie (ni Administración ni otras organizaciones sociales y políticas) facilita elementos suficientes para una superación de esa visión simplista, aportando datos precisos no sólo sobre el paro registrado o el número y tipología de colocaciones, sino también sobre los relativos a

censos y porcentajes de las siguientes categorías de parados registrados, que podríamos distinguir en: desempleados por déficit estructural de puestos de trabajo; inocupables a corto, medio y/o largo plazo; ocupables a corto, medio y/o largo plazo, si se cumplen ciertas condiciones sociales y/o personales; poco disponibles actitudinalmente para el tipo de empleo ofertado en el mercado; parados registrados, pero empleados encubiertos; buscadores de beneficios (más o menos imaginarios) no laborales de su carnet de paro; defraudadores profesionales de la Seguridad Social que no quieren trabajar en el empleo regular, al considerar más beneficiosa para ellos su situación actual, etc.

Ese vacío informativo sobre las proporciones respectivas de quienes no se colocan laboralmente porque no pueden, no saben y no quieren y sus múltiples combinaciones (pueden pero no quieren, quieren pero no saben, o, matizando más, quieren mucho, saben algo, pueden poco) deja un tan amplio margen de ambigüedad que, a menudo, sólo resulta rellenable a partir de aprioris ideológicos de cada grupo social. Entre ambos puntos de vista polarizados caben infinidad de posiciones, cada cual con su respectivo grado de fundamentación y su correspondiente dosis de parcialidad, a causa del filtro ideológico con el que sea enfocado el hecho.

Este componente psicosocial de la problemática del desempleo contemporáneo no resulta explicable atendiendo sólo a los factores culturales de la idolatrización del trabajo, del sentido común y del lenguaje cotidiano sobre el desempleo. Se necesita otra referencia representacional que, combinada con los factores anteriores, proporciona el sistema de coordenadas por el que se rige la representación social del desempleo contemporáneo. Se trata del factor individual.

En el mercado laboral meritocrático concurren recursos curriculares, dones naturales, habilidades adquiridas, iniciativas, estrategias, disposiciones, riesgos asumidos y esfuerzos de individuos desigualmente dotados ante la vida, en el marco formal de una igualdad de oportunidades; es decir, bajo el imperativo de las mismas reglas de juego.

Cada cual efectúa su inversión en ese mercado, obteniendo beneficios que pueden corresponderse en mayor o menor medida con el coste efectuado en forma de años de formación, esfuerzo en su cualificación, etc. Aunque a veces la arbitrariedad haga trizas esta teoría hasta aquí expuesta.

La adopción cultural de los estereotipos consagrados como «quien quiere puede», «quien la sigue la consigue», conduce a la reducción del éxito/fracaso social, a una manifestación de la valía individual; en este sentido, el fracaso en encontrar o conservar un empleo reflejaría cierto déficit de habilidades personales y de categoría moral para lograr o mantener un puesto de trabajo.

El desempleado aparece, pues, desde ese enfoque, ante los demás y ante sí mismo como responsable más directo e inmediato de su situación; por no haber podido/sabido/

querido manejar los recursos adaptativos necesarios para la adecuada resolución de su problema. Si, como sugiere la tradición liberal, la sociedad no es más que una suma de individuos, los problemas sociales son reductibles, en definitiva, a meros problemas individuales. Y, por tanto, el del desempleo no es más que una circunstancia relevante sólo para el desempleado y que supone una categorización negativa del mismo, atribuible a causas internas del mismo: «no trabaja porque es muy vago y no quiere moverse». Esa especie de individualismo ideológico, explicado desde la psicología a través del fenómeno denominado «error fundamental de atribución», constituye uno de los mitos sociales más arraigados en la mentalidad contemporánea y con mayor incidencia en los valores, actitudes y comportamientos sociales ante el desempleo y los desempleados.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Allan, E. y Steffensmeier, D. (1989). Youth, Underemployment and Property Crime: Differential Effects of Job Availability and Job Quality on Juveniles and Young Adult Arrest Rates. *American Sociological Review*, 54 (1), 107-123.
- Alvaro, J. L. (1992). *Desempleo y bienestar psicológico*. Madrid. Siglo XXI.
- Álvaro, J. y Fraser, C. (1995). The psychological effects of unemployment in Spain. *International Journal of Sociology and Social Policy*, vol. 16.
- Banks, M. H. y Ullah, P. (1987). Youth unemployment: Social and psychological perspectives. Department of Employment. Research Paper, 61 (1).
- Blanch, J. M. (1990). *Del viejo al nuevo paro: Un análisis psicológico y social*. Barcelona: PPU.
- Bauman, Z. (2005). *Modernidad líquida*. Madrid: Fondo de Cultura Económica de España.
- Brenner, M. H. (1979). Unemployment, economic growth and mortality. *The Lancet*, 24, 672.
- Buendía, J. (1990). Psicopatología del desempleo. *Anales de Psicología*, 6 (1), 21-36.
- Crespo, M. & Labrador, F.J. (2003). *Estrés [Stress]*. Madrid: Síntesis.
- Crespo, E., Suárez, Torregrosa, J. R., Torregrosa, Bergere, J. & Álvaro, J. L. (1988). Los significados del trabajo: un análisis lexicográfico y discursivo. *Sociología del Trabajo*, 33, 1998, págs. 51-70.
- Dooley, D., Catalano, R. y Hough, R. (1992). Unemployment and alcohol disorder in 1910 and 1990: Drift versus social causation. *J Occup Organ Psychol*, 65: 277-290.
- Dooley, D. Catalano, R. y Wilson, G. (1994). Depression and unemployment: Panel findings from the Epidemiologic Catchment Area study. *American Journal of Community Psychology*, 22, 745-765.

- Eisenberg, P. y Lazarsfeld, P. F. (1938). The psychological effects of unemployment. *Psychological Bulletin*, 35, 358-90.
- Feather, N. T. (1990). Causal attributions beliefs about work and unemployment among adolescents in state and independent secondary schools. *Australian Journal of Psychology*, 35, 211-232.
- Fernández-Abascal, E. G. (1997). *Psicología General. Motivación y Emoción*. [General Psychology. Motivation and Emotion]. Madrid: Ramón Areces.
- Fryer, D. M. y Payne, R. L. (1986). Being unemployed: A review of the literature on the psychological experience of unemployment. In C.L. Cooper e Y. Robertson (eds.), *International Review of Industrial and Organizational Psychology*. Chichester: Wiley.
- Garrido, A. y Álvaro, J. L. (1992). La autoestima como reflejo de las transiciones de los jóvenes al mundo laboral. *Interacción Social*, 2, 127-139.
- Gore, S. (1978). The effect of social support in moderating the health consequences of unemployment. *Journal of Health and Social Behavior*, 19, 157-165.
- Jahoda, M. (1979). The impact of unemployment in the 1930's and the 1970's. *Bulletin of the British Psychological Society*, 32, 309-314.
- Jahoda, M. (1982). *Employment and unemployment*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Jahoda, M. (1987). *Empleo y desempleo: un análisis socio-psicológico*. Madrid: Morata.
- Keefe, T. H. (1984). The stresses of unemployment. *Social Work*, 29 (3), 264-268.
- Kessler, R. C., Turner, J. B. y House, J. S. (1988). The effects of unemployment on health in a community survey: Main, modifying, and mediating effects. *Journal of Social Issues*, 44, 69-86.
- Kessler, R., Turner, B. y House, J. (1989). Unemployment, Reemployment, and Emotional Functioning in a Community Sample. *American Sociological Review*, 4, 648-657.
- Lawlis, G.F. (1971). Motivational factors reflecting employment instability. *Journal of Social Psychology*, 87, 215-223.
- Leigh, J.P. y Waldon, H. M. (1991). Unemployment and high-way fatalities. *J Health Polit Policy Law*, 16, 135-155.
- Liem, R. y Liem, J. H. (1988). The psychological effects of unemployment on workers and their families. *J Soc Issues*, 44: 87-105.
- McKee, M. & Stuckler, D. (2011). The assault on universalism: how to destroy the welfare state. *British Medical Journal*, 343, 7973. doi: 10.1136/bmj. d7973.
- O'Brien, G. E. (1986). *Psychology of work and unemployment*. John Wiley. Chichester.
- Stack, S. (1981). Divorce and suicide: A time series analysis, 1933-1970. *Journal of Family Issues*, 2: 77-90.

- Steinberg, L. Catalano, R. y Dooley, D. (1981). Economic antecedents of child abuse and neglect. *Child Development*, 52(3): 975-985.
- Stuckler, D., Basu, S. & McKee, M. (2011). Health care capacity and allocations among South Africa's provinces: infrastructure-inequality traps after the end of apartheid. *American Journal of Public Health*, 101(1), 165-172. doi:10.2105/AJPH.2009.184895.
- Ullah, P. Banks, M. y Warr, P. (1985). Social support, social pressures and psychological distress during unemployment. *Psychological Medicine*, 15, 283-295.
- Vinokur, A. Caplan, R.D. y Williams, C. (1987). Effects of recent and past stresses on mental health: Coping with unemployment among Vietnam veterans and nonveterans. *Journal of Applied Social Psychology*, 17(8): 710-730.
- Vinokur, A. Van Ryn, M. Gramlich, EM y Price, RH. (1991). Long-term follow-up and benefit-cost analysis of the Jobs Program: A preventive intervention for the unemployed. *Journal of Applied Psychology*, 75(2): 213-219
- Warr, P. (1987). *Work, unemployment, and mental health*. Oxford: Clarendon Press.
- Warr P. y Jackson P. (1985) Factors influencing the psychological impact of prolonged unemployment and re-employment. *Psychological Medicine*, 15, 795-807.
- Warr, P. B., Jackson, P. y Banks, M. (1988). Unemployment and mental health: Some British studies. *Journal of Social Issues*, 44, 47-68.